

tes, sobran ejemplos que sería largo enumerar... Basta mencionar á los dos escritores Gioberti y Eugenio Sué... Murió el primero sin tener quien le asistiese en su última hora... Y el desdichado autor de *El Judío Errante* murió impenitente... ¿No es cierto que hay casualidades dignas de que en ellas pensemos algún tanto?

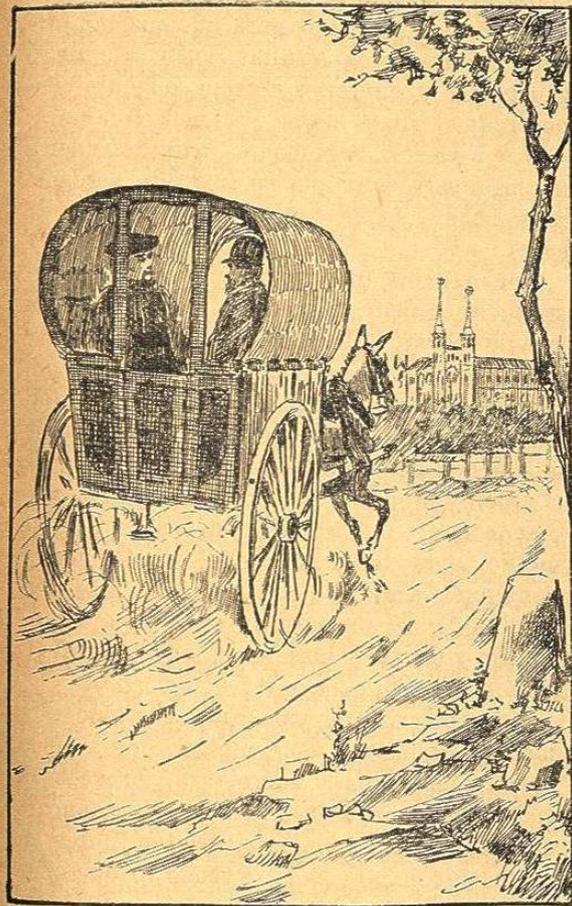
VI

Un colegio de Jesuitas.

Pocos días después fui á ver con D. Juan un famoso colegio de Jesuitas, cerca de Madrid... Usamos primero el tranvía. Luego una menguada tartana desequilibrada y decrépita, cuyo movimiento era digna preparación, no para ver colegios ni cosa alguna, sino para meterse el viajero en la cama, rendido y mareado... A este artefacto, que no olvidaré nunca, llamaba *sleeping-car* un hermano coadjutor de la Compañía, que le usaba á menudo...

Mal llegué á las puertas del colegio. Pero pronto me repuse en la sala de recibo, donde descansé un rato, lo suficiente para que un Padre, profesor del colegio, por quien mi amigo preguntó, fuese donde estábamos.

Bien quisiera yo aquí nombrar á aquel Padre, de quien más adelante fui grande amigo, y elogiarle como merece; pero sé que ni él ni los demás gustan de esas cosas... Diré no más



A este artefacto llamaba *sleeping-car* un Hermano coadjutor.

que él bastó, no para reconciliarme con la Compañía, porque yo no sentía odiosidad ninguna contra ella, sino para aficionarme primero al trato de los Jesuítas, cultivarle luego con gusto, y quererlos entrañablemente después; tan cierto es lo que me decía D. Juan... «No se necesitan argumentos para defender á los Jesuítas y sentir por su Instituto verdadera amistad... Basta conocerlos y tratarlos de cerca...»

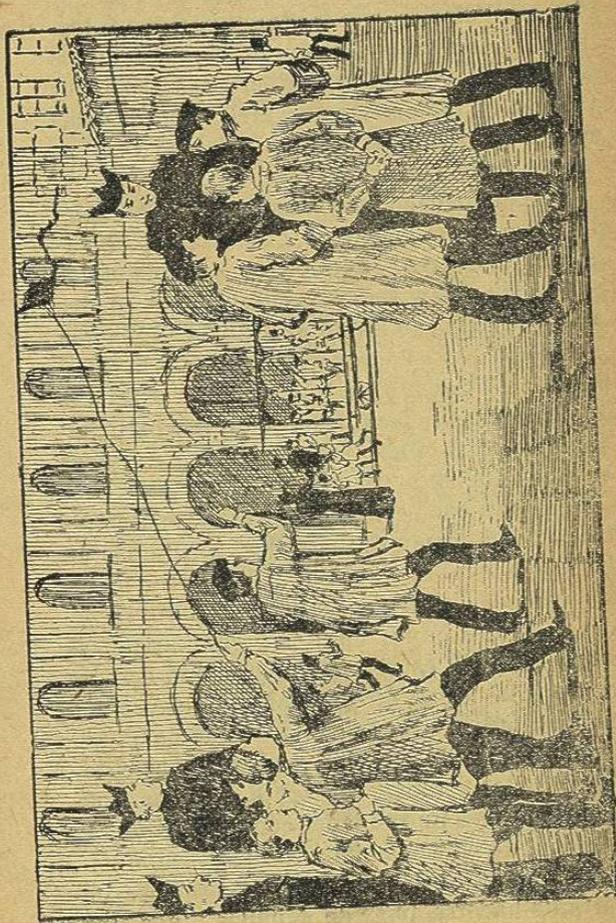
Mucho había que ver y admirar en aquel suntuoso edificio; la modesta elegancia de la sala de recibo, la bien trazada construcción y adecuado material de las aulas; la amplitud, higiene y disposición perfecta de los dormitorios y camarillas, la riqueza de la biblioteca y de los gabinetes de física é historia natural; el orden y limpieza que por dondequiera resplandecían... Cuadros é imágenes de notable mérito, obra, muchos de ellos, de Jesuítas... Contemplé largo rato la capilla, que más bien pudiera llamar suntuosa Iglesia, cuya arquitectura y ornato y hermosura, advertían al visitante: *En esta casa lo primero es Dios.*

Pues con ser tanto y de gran valer todo esto, menos atendía yo á contemplarlo que á oír la amable, oportuna y sobre todo, provechosa conversación del Padre... Había sido connovicio de D. Juan, y antes estuvieron juntos en un colegio como aquél... Oyendo lo que ellos hablaban de tiempos pasados y de otros compañeros, y con las explicaciones que yo me atrevía á pedir acerca de lo que íbamos vien-

do, fuíme penetrando de lo que eran aquel régimen admirable, y aquellas industrias y trazas ingeniosísimas que en el plan de estudios de tales colegios se prescriben para promover á la vez en los alumnos el bien y aprovechamiento espiritual, el amor á la virtud y la excelente instrucción literaria...

Habían acabado las clases de la tarde cuando llegamos al colegio... Los alumnos se hallaban en recreo, jugando en amplios patios independientes y separados, según las edades de los niños... No les faltaba allí la vigilancia y cuidado de los Padres y Hermanos de la Compañía... ¿Y quién diría que aquellos religiosos que con los muchachos jugaban, tan regocijadamente como ellos, eran los mismos graves Jesuítas que en otras ocasiones y lugares desempeñaban con perfección obras harto diferentes de las diversiones infantiles?... Algunos de ellos, que nombró y señaló D. Juan, eran famosos varones, escritores de nota, teólogos insig-nes, oradores cuyos méritos pregonaba la fama... Pues allí estaban; uno jugando con los chicos á la pelota; otro, tratando de elevar una cometa; otro... tirando con dos niños de un pequeño coche de tranvía, cargado de colegiales! Y todos estaban con tanta atención ocupados en tales puerilidades como si estuvieran haciendo la obra más importante del mundo...

Y sí que la hacían... ¿Acaso no era cosa importante hacerse amar de aquellos niños, inspirarles confianza que no amengüe el ascendiente de la autoridad, prepararlos poco á poco



Los Padres jugaban con los muchachos...

cón empeño y perseverancia para ser modelados como blanda cera, y obtener luego de ellos copiosos frutos de ciencia y de virtud?...

Porque todo esto se logra con la mayoría de los alumnos merced al cuidado y solicitud con que los educan é instruyen los prefectos, confesores y maestros que tiene la Compañía, al celo que estos buenos religiosos tienen, al ejemplo que dan y á los medios que usan para adelantar y enaltecer á los mejores discípulos á fin de que los demás se animen á cumplir bien sus deberes. Hasta las pasiones juveniles que, mal dirigidas, suelen originar terribles daños, sirven allí, encauzadas y sumisas, como resorte poderosísimo para que los alumnos sientan nobles estímulos que los encaminen y guíen al trabajo, al estudio y al bien.

Cuando la práctica de la vida me hizo conocer más adelante, mejor que cualquier razonamiento, la influencia suma que tiene para bien del hombre y de la sociedad la buena enseñanza y educación de la juventud, comprendí el beneficio incalculable que hacen las Ordenes religiosas que se dedican á tan alta y excelente obra; y el mérito que contraen tantos varones eminentes que en tan penosa y difícil tarea emplean gustosos su talento y actividad, sacrificando sus comodidades, su salud, y aun á veces la vida.

Hablando de esta visita al colegio, me decía D. Juan: «Apenas habrá otro ministerio en que la Compañía pueda dar mayor gloria á Dios que este de la educación de los jóvenes... San

Ignacio, iluminado con soberana luz, bien advirtió que esta cristiana educación de la juventud era medio poderoso para oponerse á los estragos de la herejía, y corrupcion de costumbres... Ahora, en estos nuestros tiempos de *libertinaje* desenfrenado en hechos y doctrinas, alcanza excepcional importancia esa católica obra... Como que impera la tiranía de la enseñanza oficial, emancipada, casi en todas partes, de la tutela paternal de la Iglesia, é instrumento á veces de propaganda activa, y para muchos inevitable, de errores y de impiedades sin cuento.

Encargar la instrucción de la niñez y adolescencia á maestros impíos ó inficionados de herejía fué siempre una de las principales armas que esgrimieron contra la fe de Cristo sus enemigos y perseguidores. Hoy la *sagrada libertad de la cátedra*, como dicen los que defienden todas las *libertades de perdición*, es semillero de graves males, y conquista de que el infierno se vale para procurar que el mundo sea su esclavo. Por eso los católicos defendemos y debemos cada día con mayor empeño, proteger y fomentar los colegios y pensionados que, como estos de la Compañía, son obra predilecta de institutos religiosos.

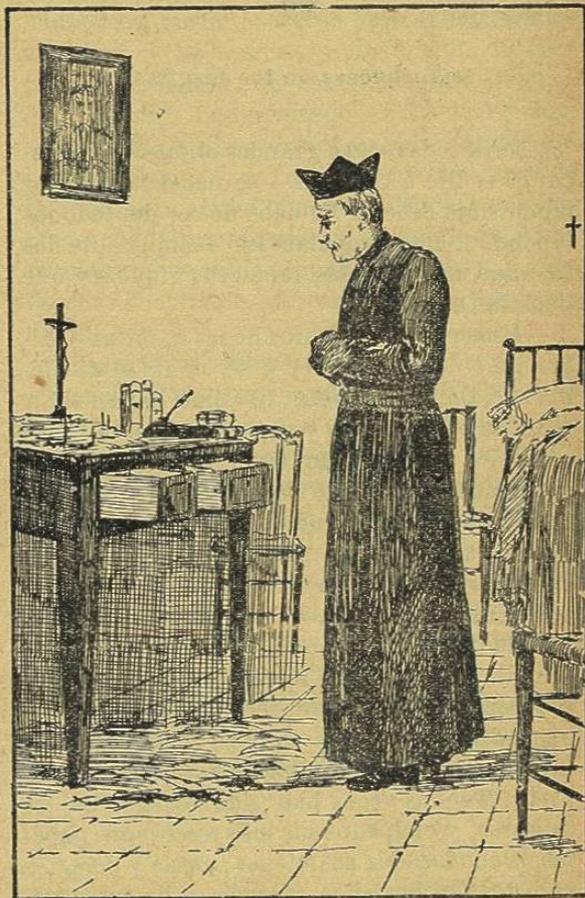
VII

Las riquezas de los Jesuítas.

—Para todas estas grandes obras de la Compañía — dije á D. Juan — se necesita emplear muchísimo dinero. No debe de ser del todo infundado lo que propalan los enemigos de los Jesuítas acerca de las fabulosas riquezas que tiene la Orden...

—Esos enormes tesoros de los Jesuítas—respondió D. Juan—vienen á ser como el ave fénix... ¿Dónde estarán?... ¿Cómo hallarlos? A muchos provinciales y superiores de la Compañía les harían gran favor esos caballeros, indicándoles el modo de encontrar y utilizar lícitamente tales riquezas...; porque aquellos Padres, á pesar de lo que cuenta la gente, no dejan de pasar á veces sus apurillos para atender á las precisas necesidades de sus súbditos.

Bien dice el P. Franco: «Cuando fué suprimida la Compañía de Jesús, lleváronse á cabo por largo tiempo minuciosísimas investigaciones para buscar sus tesoros; mas todo fué inútil...; imposible hallar el rastro de tal secreto. Muchas veces han sido expulsados los Jesuítas, y ocupados sus más reservados papeles, y confiscados sus bienes, casas y colegios en estos últimos años, y jamás se ha encontrado el menor vestigio de las ponderadas riquezas. Se hubieran descubierto los secretos del



¿Dónde estarán los *tesoros* de la Compañía?...

mismo demonio, con las indagaciones hechas para tal objeto. Y con todo, los codiciados tesoros permanecen ocultos siempre; y, lo que es más, hasta ahora no han podido tropezar con ellos los mismos Jesuitas... Dejando, pues, en paz á esos tesoros (á lo menos hasta que sean descubiertos) y hablando de los bienes que conocemos... ¿á cuánto ascienden?... En 1848, el gobierno sardo robó cuanto tenían los Jesuitas en los Estados de Cerdeña. Lo mismo hizo en los de Módena el excelso Sr. Farini, y en los Estados Pontificios el Sr. Pépoli. Se sabe, pues, cuántos bienes poseían. Y no tengo reparo en asegurar que, si no se duplican, por lo menos no bastan ni para pagar los honorarios de los que sustituyeron á los Jesuitas; esto es, que se necesita á lo menos doble cantidad para sostener el mismo número de colegios, retribuir al mismo número de profesores y tener abiertas al culto idéntico número de iglesias... Desafío á que niegue esta proposición al que se atreva á hacerlo, con tal que al contradecirme se apoye en cifras y no en vanas palabras.»

—Sí, amigo mío—añadió D. Juan;—las riquezas grandes, innumerables, preciosas que tienen los Jesuitas, y las aprecian y estiman en mucho, no consisten en esos ilusorios caudales, que sólo existen en la imaginación de gentes ignorantes, necias ó mal intencionadas. Sus riquezas no son de las que pueden robar los ladrones ó consumir el tiempo... El tesoro riquísimo que posee y ama la Compañía, está en sus Santos, en sus mártires, en sus hé-

roes, en sus sabios y en sus obras, en lo mucho con que Dios ha favorecido á la Compañía colmándola de tales regalos.

Y á fe que es larga y hermosa la cuenta de esas riquezas inmortales: trece Santos de la Compañía, que veneramos en los altares; ochenta y dos Beatos, cuarenta y nueve Venerables y setecientos cuarenta hijos de San Ignacio, que con su sangre sellaron la fe católica ó el amor á su vocación.

Añada V. en seguida, sin evaluarlo—porque sólo Dios pone precio á estas obras—las inúmeras y gloriosas empresas de un San Francisco Javier y de las invictas legiones de misioneros y de mártires, que dilataron por el mundo el imperio de la cruz de Cristo... Sólo aquel Santo conquistó para la santa fe más pueblos é imperios que los vencidos por la herejía. Como que convirtió cincuenta y dos reinos y bautizó por sí mismo cerca de un millón de infieles á costa de inauditos peligros y trabajos.

Y tras este grande apóstol de los tiempos modernos, los hijos de la Compañía regaron con su sudor y con su sangre la China, el Japón, la Florida, Persia, Tartaria y otros territorios. Ciento cuarenta y cinco misiones de Jesuítas hubo sólo en Asia, varias en Africa y Oceanía, y en América muchas, en extremo florecientes: ciento veintiocho cuando fué suprimida la Compañía de Jesús.

Después de su restablecimiento surgió de nuevo poderosamente el celo de la Compañía,

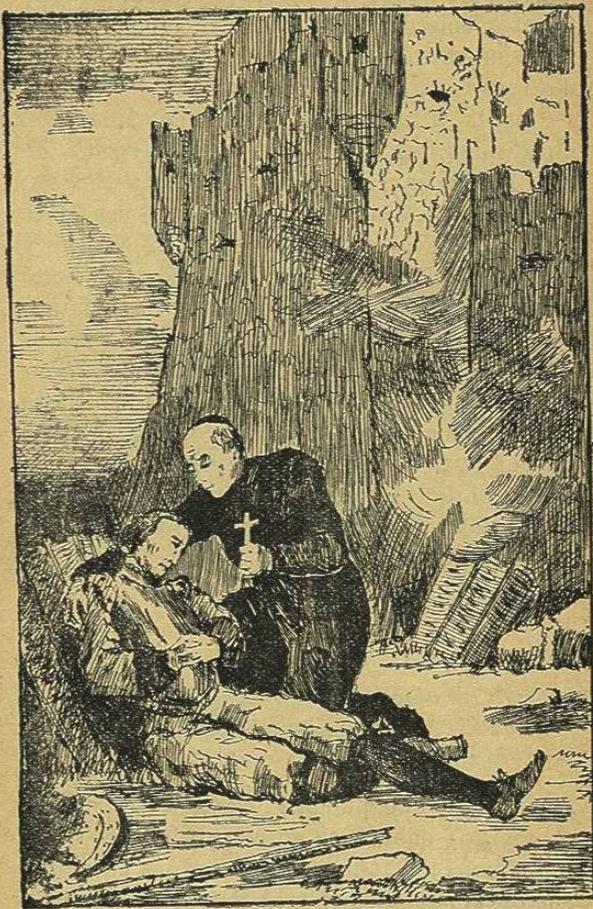
y su influencia bienhechora cundió por todas partes. Hoy cuenta todavía con más de doscientos colegios para la instrucción cristiana de la juventud y con más de quinientas treinta Residencias ó Casas de probación.

Cuenta actualmente con muchas misiones. En Europa, las de Constantinopla, Grecia, Iliria, Dalmacia, Suecia, Dinamarca y Suiza... En Asia, las de Armenia, Bombay, Siria, Mangalora, Bengala occidental, Maduré, Nankin y Tcheli (China). En Africa, las de Egipto, Zambeze, Madagascar, La Reunión y San Mauricio. En América del Norte, las de los Estados Unidos, Nueva Méjico, Colorado, Tejas, Montañas Roqueñas, California, Honduras, Costa Rica, Panamá, Antillas y Jamaica. En América del Sur, las de Guyana, Brasil, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Uruguay y República Argentina. En Oceanía, las de Filipinas, Indias Orientales, Australia y Nueva Zelandia...

VIII

Héroes y sabios

—Y para que pueda V. calcular—prosiguió mi amigo—cuánto se acrecienta el tesoro de que vamos tratando con las hazañas portentosas llevadas á cabo en esas Misiones y en otras obras de celo de los Jesuítas, voy á referirle alguno de los heroicos y sublimes hechos que



El P. Juan Fernandez confesando á los heridos abandonados en el foso de Maestrich,

constan en los anales antiguos y modernos de la Compañía.

Sea el primero aquel maravilloso acto de apostólico celo, de valor heroico, á que dió feliz cima el P. Juan Fernández en el asalto de Maestrich en 1579. Con ánimo sereno y menospreciando el peligro, estuvo en el combate dando ánimo y auxilios á los soldados españoles. Después, ya de noche, al saber que habían quedado en los fosos de la puerta del Burgo muchos heridos abandonados, dirígese allí solo y sin empuñar más armas que la imagen de Jesús Crucificado... Recibe impávido el fuego de los herejes... Déjase caer al foso como si el plomo enemigo le hubiera muerto; y luego, arrastrándose por el fango sangriento, examina uno por uno los cuerpos que allí yacían; halla cuarenta y dos con vida; pasa la noche confesándolos, y abriendo á aquellas almas las puertas del cielo. Y al amanecer, rendido, cubierto de sangre, sin fuerzas ni aliento, vuelve con su crucifijo á los reales españoles.

Los Padres Núñez de Ribera y Gabriel Sánchez, en sus misiones, estando ya moribundos, emplearon las pocas fuerzas que les quedaban en predicar á sus neófitos con fervor ejemplar.

En la misión de Catayo, el P. Antonio Andrade sufrió con heroico ánimo increíbles trabajos. Tenía á veces que caminar con manos y pies para no caer en horribles precipicios; hundíase á menudo en la nieve hasta los hombros, y se vió con frecuencia á punto de morir entre las garras de las fieras.



San Pedro Claver, apóstol de los negros.

En las Islas Marianas, el V. P. Luis de Medina iba por las casas de los indígenas para bautizar á los niños, cuando le atacaron los bárbaros y fué atravesado por una lanza. Y con el arma mortífera clavada en el cuerpo, prosiguió su obra redentora, yendo en busca de otros niños á quienes bautizar, hasta que exangüe y sin aliento cayó en tierra.

El insigne *apóstol de los negros*, San Pedro Claver, trabajó en evangelizar, auxiliar y cuidar á aquellos infelices por espacio de más de cuarenta años, haciendo para ello heroicos sacrificios y padeciendo males inauditos. Bautizó cerca de trescientos mil negros, á innumerables moros, y catequizó é instruyó á millares de cristianos que apenas si lo eran en el nombre.

Prescindo de mencionar ahora el gran número de víctimas que hubo en la Compañía, tanto en España como en Francia y otras naciones, con motivo de la gloriosa lucha contra la herejía del siglo XIX; y de enumerar los actos de sublime abnegación que llevaron á cabo los hijos de San Ignacio asistiendo con riesgo de la vida—que muchos de ellos perdieron—á los enfermos de cólera y peste y otras epidemias. Testigo de ello fueron Francia en 1832 (dos años después de haber sido cruelmente desterrados los Jesuitas); Roma, en 1837; Lisboa, en 1833; Nueva York, en 1831; Madrid, en 1834; España, Francia é Italia, en 1885; las Misiones de Asia, Africa y Oceanía, casi todos los años.

1020000 227

En 1843, el P. Verdugo y sus compañeros, en la República Argentina, con peligro inminente de ser asesinados, no cedieron de modo alguno á las impías exigencias del dictador Rosas.

En el mismo año los Jesuítas franceses se ofrecieron todos con noble competencia á ir á la misión del Maduré, donde el cólera y otros males habían diezmando á los misioneros de la Compañía, por haber sucumbido ocho en un solo año. En 1876 pereció gloriosamente en las costas de Mindanao el P. Marcelino Casasús, por el bien espiritual de aquellos indios, á quienes otras veces había favorecido con riesgo de la existencia.

Terminaré aquí esta breve relación recordando el memorable sacrificio que hizo de su vida el ínclito misionero de Filipinas P. Pablo Ramón. Navegaba este Padre con otros cien viajeros, el 10 de Febrero de 1889, á bordo del vapor *Remus*, con rumbo á la misión de Surigao: de improviso chocó el buque con un bajo, abrióse y comenzó á hundirse rápidamente, sin dejar á los pasajeros esperanza de humano socorro. Mientras los náufragos, despavoridos y en tropel acudían á los botes de salvamento, el P. Ramón, arrodillado en la popa del barco, sereno, animoso y resignado, ofrecía á Dios su vida por el bien de sus prójimos. Invitáronle muchos á que procurase salvarse en alguna de las asaltadas lanchas; pero él respondía con suma entereza que quería ser el último de todos, y que se pusieran antes á salvo los demás

viajeros. No faltó quien le diera un salvavidas; pero él le cedió generosamente á otros. Y á poco, por este acto heroico de caridad, coronó dichosamente su preciosa vida, muriendo sepultado en las aguas del mar Pacífico.

Y el deseo de acudir á lugares y obras en que sea fácil, ó al menos probable, sacrificar la vida, no ha sido jamás hecho aislado en la Compañía. De ello dió testimonio el muy reverendo P. General, Juan Roothaan, diciendo en su Encíclica de 1833: «Siempre fué tan ardiente el celo con que los de la Compañía solicitaron la honra de ser enviados á las más remotas misiones de infieles, que jamás ha sido posible á los Prepósitos generales satisfacer los deseos de los que á ellas aspiraban. Y provincias hubo en que este santo anhelo era común herencia de casi todos los sacerdotes, hasta el punto de no hallarse apenas uno solo que, en recibiendo las órdenes sagradas, no pidiese ser enviado á las misiones extranjeras.»

Sigamos con la cuenta de las *riquezas* de la Compañía, pasando á otra sección ó capítulo que no vale poco. Me refiero á los frutos de sabiduría con que la Compañía ha enriquecido el mundo. Pasan de *quince mil* los escritores Jesuítas. Y algunos de ellos, como Gretser, pudieron contar por centenares las obras literarias ó científicas que compusieron. No habrá apenas ramo del humano saber sobre el cual no haya escrito algún hijo de San Ignacio.

De las escuelas de la Compañía salieron, y en el dilatado campo de las letras y ciencias bri-

llaron y merecieron universal renombre, *humanistas y retóricos* como Rivadeneira, Frusio, Pomey, Alvarez, Perpiñán, Lacerda, Decolonia, Porée, Juvencio y Turselino; *filósofos* como Fonseca, Suárez, Esparza, Arriaga, Losada, Pérez, Hurtado, Taparelli, Cuevas y Liberatore; *físicos, químicos y astrónomos* como Pianciani, Vico, Ducis, Della Rovere, Gotteland, Secchi y Faura; *matemáticos* como Clavio, Guldin, Taquet, Verbiest, Grimaldi, Riccioli y Ximénez; *oradores* como Estrada, Texier, Stanihursto, Bourdaloue, Oliva, Vieyra, Séñeri, Segaud, Neuville, Maccarthy, Puyal, Gil, Montemayor, Ravignan; *historiadores* como Maffeo, Mariana y Orlandino, Sachino, Pamiano Strada, Nieremberg, Possevino, Luis de Guzmán y Sismondi; *ascéticos* como La Palma, Baltasar Alvarez, Lapuente, Arias, Rodríguez, Alvarez de Paz, Rossignoli, Plati, Nigronio y Scaramelli; *teólogos y polemistas* como Molina, Suárez, Vázquez, Belarmino, el B. Canisio, el B. Campión, Valencia, Arrúbal, Lugo, Toledo, Becano, Muniesa, Avillaga, Dechamps, Casajoana y Perrone; *escrituristas* como Salmerón, Maldonado, Tirino, Cornelio à Lápide, Ribera, Mendoza, Menochio y Sánchez; *moralistas* como Busembaum, Sánchez, Lessio, Castropalao, Lacroix, Layman, los dos Lugos, Sa, Tanner, Viva, Gury y Ballerini; *eruditos* como Petavio, Sirmond, Bolando, Henschenio, del Río, Hardovino, Gretzer, Andrés, Diosdado, Caballero, Hervás, etc., etc.

Mucho más podría decir; pero basta lo apun-

tado para que pueda V. tener una idea de lo que es y vale el tesoro de la *Compañía*.

IX

Intrigas y errores.

—No crea V.—me dijo otro día D. Juan— por todo lo que hemos hablado, que me propongo hacer una perpetua apologia de los Jesuitas, como si éstos no pudieran padecer jamás los efectos de la flaqueza humana. Sociedades de hombres en todo y siempre irreprehensibles no existen ni han existido en la tierra. No lo fueron ni la de los siete primeros diáconos elegidos por los Apóstoles; ni siquiera la de los doce Apóstoles elegidos por el Señor. En ellos hubo un Judas. Entre tantos millares de Jesuitas, ocupados en tareas tan varias, que vivieron entre gentes de muy diversas naciones, costumbres y religión, claro está que no siempre habrán sido absolutamente todos dechados perfectos de mérito y virtud.

Ni los mismos Jesuitas afirman ó pretenden tal cosa. Lo único que aseguran, porque es verdad, es que la *Compañía* no ha prevaricado jamás, ni se ha apartado de su fin, ni le ha mudado nunca en otro, no ya impio, sino ni aun mundano. Han reconocido siempre los defectos en que hayan incurrido algunos de sus hijos; y los superiores de la Orden, en su varia jerarquía, han procurado con gran celo corregir y extirpar cualquier falta que hubiere, acu-

diendo á medios sapientísimos para lograrlo, incluso el de expulsar de la Compañía al religioso cuya permanencia en ella no sea conveniente.

Y no por eso puede decirse que el Instituto deje de estar sano y floreciente; porque no deja de estarlo una Corporación cuando en ella surge algún desorden, sino cuando éste no tiene pronto y eficaz remedio. Los defectos de alguno no pueden borrar la virtud de muchos.

Así, por ejemplo, la historia del P. Lavalette, tan repetida por los enemigos de la Compañía, se reduce á que, siendo procurador de una misión en la Martinica á mediados del pasado siglo, emprendió, por impericia, negocios seculares, en mayor grado de lo que convenía á un religioso... Pero los superiores, apenas conocieron el hecho, le privaron de la administración y expulsaron de la Orden.

En este y otros casos la Compañía ha creído siempre remedio eficaz el de cortar las ramas dañosas para conservar el árbol...

—Y qué hay de cierto—pregunté á D. Juan—en la acusación hecha á los Jesuitas, de haber enseñado doctrinas erróneas.

—De seguro, habrá V. oído hablar del *molinismo*, el *probabilismo*, etc., etc...—respondió mi amigo.—Diré á V., sin juzgar del valer de esas cuestiones, que ni todos los Jesuitas las han enseñado ni las han seguido siempre. Puntos son de doctrina no decidida por la Iglesia. Libertad de discusión hay en ellos. Y los Jesuitas, que gozan en sus opiniones de mu-

cha más libertad de lo que algunos creen, han podido lícitamente utilizar ese derecho de examen, común á todos los fieles. Muchos teólogos, que no son Jesuitas, siguen todavía esos sistemas. Conviene recordar, por si habla V. de esto, que no deben confundirse torpemente el sistema de *Molina*, con las proposiciones condenadas de *Molinos*, como los confundió en Florencia un tal *Filopatride*. El cual, según dice festivamente el P. Franco; *dicta sententias sobre teología y cánones, como pudiera hacerloun café sobre arquitectura ó astronomía...* Hay muchos *Filopatrides* en el mundo.

Además, cuestiones hubo en otro tiempo defendidas por algún Jesuita, y que después fueron de diverso modo resueltas por la iglesia. En la vasta ciencia de la moral ha habido ciertas proposiciones dudosas que los teólogos examinaban y resolvían de varias maneras. Lícitamente pudieron hacerlo mientras la Iglesia, en su sabiduría, no creyó oportuno definir las. En cuanto las definió, todos los teólogos católicos, fueran ó no de la Compañía, se sometieron al punto. Es evidente que tal conducta no merece reproche. En todo instituto ha sucedido ó puede suceder lo mismo. Algunos religiosos de cierta antigua y esclarecida orden impugnaron en otro tiempo la Inmaculada Concepción de María. Mas no por eso se puede inculpar esa meritisima orden puesto que entonces la Iglesia no había decidido la cuestión... Hoy todo católico cree y defiende sin duda alguna ese hermosísimo *dogma de fe*.

Algo hablé también con D. Juan, acerca de la fama de *intrigantes* que, entre *ciertas* personas, tienen los Jesuitas. Gobiernos hay que, como si la Compañía fuese un temible partido revolucionario..., más aún, como si estuviere fuera de todo derecho, la *tolera*; mejor dicho, la *soporta*...; pero no la deja (digámoslo en términos políticos) no la deja *entrar en la legalidad*.

Respondíome á esto D. Juan, que los tales gobiernos hacen lo que hacen con su cuenta y razón; mas no porque teman las famosas intrigas de la Compañía... Si en otros tiempos, cuando en varias naciones cayeron en poder de los gobiernos casas, archivos, iglesias, todo lo que poseían los Jesuitas, no se pudo hallar ni rastro de las supuestas conspiraciones jesuíticas, ¿quién podrá hoy, si no es por completo ignorante ó estúpido, espantarse seriamente de las intrigas de la Compañía?... ¡A no ser que para terror de cándidos burgueses, sepa la policía transformar, como en cierta ocasión hizo la de Friburgo, los instrumentos de un magnífico gabinete de física, en... aparatos de tormento!

«¡En el confesonario sí que intrigan!», dicen algunos... que jamás se acercan á un confesonario... Efectivamente: allí los confesores Jesuitas quieren enterarse de muchas cosas...; quieren conocer los pensamientos, palabras y obras del penitente. Todo lo más recóndito, secreto y oculto lo averiguan allí. Pero si esto es *intrigar*, acusad de lo mismo á todo el clero,

regular y secular que hace precisamente lo mismo, y á la Iglesia católica, que enseña á proceder de ese modo; y, en fin, al Divino Maestro, que estableció, para dicha del hombre, el sacramento de la Penitencia.

X

El jesuitismo.

—Con lo que dije á V. cuando hablamos de los enemigos de la Compañía, habrá V. comprendido las causas verdaderas del aborrecimiento que algunos sienten hacia los Jesuitas. Ahora, que conoce V. mejor al glorioso Instituto de San Ignacio de Loyola, de seguro que, sin duda alguna, verá V. claros y patentes los motivos de ese odio sectario...

No se odia á los Jesuitas porque sean contrarios á las modernas *libertades*, ni porque muestren predilección por una ú otra forma de gobierno...; pues en esto, como en todo, la Compañía sólo se opone á lo que la Iglesia condena; y bajo cualquier forma de gobierno vive tranquila, admitiéndolas todas en cuanto la Iglesia las admite, y respetando toda autoridad puntualmente como lo practica la Iglesia. No es nada de eso, ni nada de lo que suelen decir los hipócritas enemigos de los Jesuitas... Sobre todo y principalmente odia á la Compañía quien aborrece á la Iglesia.

Al decir esto, ni por acaso quiero significar que la Iglesia y la Compañía sean una misma cosa, ni que nuestra Santa Madre no pudiera